

Desarrollo mundial humano 1998

Javier Gorosquieta, SJ*

EN el otoño pasado se dio a conocer a la opinión pública en castellano el Informe sobre Desarrollo Humano 1998 de Naciones Unidas. Mereció entonces una referencia superficial en la prensa y enseguida desapareció el tema del horizonte informativo. Sin duda se debe este fenómeno, primero, al hecho de que estamos solicitados a diario por tanta barahúnda noticiable que pronto los acontecimientos quedan obsoletos como producto mediático; segundo, a que pocos parecen tener tiempo para una lectura tranquila y en profundidad de un extenso volumen.

Y, sin embargo, aquel Informe es de una riqueza extraordinaria, como información internacional novedosa y como criterio orientador, basado en el conocimiento empírico, de por dónde proceder en el futuro.

Trataré de ofrecer aquí sólo, por razones de espacio, algunos elementos importantes -y creo que todo el Informe es importante- de su contenido.

Desarrollo humano

LO más normal y frecuente es, lamentablemente, medir el nivel de desarrollo de un país por su renta *per capita*, por su ingreso monetario por habitante. No hay duda de que tal indicador es significativo, pero puede esconder tras de sí realidades humanas poco saludables.

* Profesor de Ética de la Empresa en la UPCO y en la Universidad de Deusto.

bles. Por ejemplo, según él, alcanzarían la misma cota de desarrollo un país con una superconcentración de la riqueza y de los ingresos en el 10% de la población más rica y lleno de muy injustas y enormes desigualdades y otro con el mismo volumen de ingreso por habitante pero en el que su Producto Interior Bruto (PIB) estuviera mucho más igualitariamente distribuido. Además, iguales niveles de renta *per capita* pueden coexistir bien con políticas medioambientales desastrosas bien con un patrimonio natural limpio, diverso, rico y saneado. Finalmente, conviene desmitificar y matizar la magnitud PIB. Pueden incluirse y se incluyen en el PIB como producción nacional hasta el rendimiento intensivo de las funerarias en caso de una grave epidemia, y el trabajo de los hospitales con motivo de un incremento espectacular de los accidentes de tráfico en un «puente» festivo. Nadie querría, por el contrario, tales «puntas» de productividad.

Frente a esa medida del desarrollo, puramente economicista, el Informe (de que tratamos) opone una magnitud mucho más convincente: el Índice de Desarrollo Humano (IDH). Mide este IDH el logro general en un país respecto a tres dimensiones básicas del desarrollo humano: la longevidad, los conocimientos y un nivel decente de vida. Se mide por la esperanza de vida, el logro educacional (alfabetización de adultos y matriculación primaria, secundaria y terciaria combinadas) y unos ingresos monetarios adecuados para aquel nivel decente de vida. En este último entran no sólo una vida larga, sino, además, saludable y creativa; la salud, la seguridad personal, la participación política y social, y el disfrutar de dignidad, de autoestima, del respeto de los otros y de las cosas que la gente valora en la vida.

Clasificación y distribución del desarrollo humano

LOS once países con mayor IDH son, por este orden, los siguientes: Canadá, Francia, Noruega, Estados Unidos, Islandia, Finlandia, Holanda, Japón, Nueva Zelanda, Suecia, España. Y los once en vías de desarrollo con menor IDH son éstos: Paraguay, Samoa Oriental, Malvinas, Indonesia, Botswana, Filipinas, Guayana, Mongolia, China, Namibia. Tayiquistán ocupa el último lugar de los 118 países estudiados. España aparece, en concreto, en un honorable nivel, por encima de estos once países que le aventajan notablemente en mera renta *per capita*: Bélgica, Austria, Reino Unido, Australia, Suiza, Irlanda, Dinamarca, Alemania, Italia, Israel, Luxemburgo.

Persisten las desigualdades en cuanto a la distribución del desarrollo humano. Persisten entre pobres y ricos, mujeres y hombres, habitantes rura-

les y urbanos y diferentes grupos étnicos. Estas desigualdades rara vez son aisladas, sino que están interrelacionadas y coinciden.

En cuanto al ingreso y riqueza ha habido en los últimos años un crecimiento considerable e injusto de la desigualdad. En 1960 el 20% de la población mundial que vivía en los países más ricos tenía 30 veces el ingreso del 20% más pobre, y en 1995 tenía 82 veces ese ingreso. Se ha dado, en particular, una extraordinaria concentración de la riqueza en un reducido grupo de ultrarricos. En efecto, estimaciones recientes aprecian que los 225 habitantes más ricos del mundo tienen una riqueza combinada superior a un billón de dólares, igual al ingreso anual del 47% más pobre de la población mundial (2.500 millones de habitantes). El contraste es muy llamativo si se tiene en cuenta que se estima que el costo de lograr y mantener acceso universal a la enseñanza básica para todos, atención básica de salud para todos, atención de salud reproductiva para todas las mujeres, alimentación suficiente para todos y agua limpia y saneamiento para todos es aproximadamente de 44.000 millones de dólares por año. Esto es inferior al 4% de la riqueza combinada de esas 225 personas más ricas del mundo. ¿No llegará pronto un Gobierno mundial que enderece este entuerto?

Las disparidades son igualmente claras dentro de los países. En el Brasil el 50% más pobre de la población recibió el 18% del ingreso nacional en 1960 y su participación se redujo al 11,6% en 1995. El 10% más rico recibió el 54% del ingreso nacional en 1960, y su participación se elevó al 63% en 1995.

La distribución del ingreso en los países industrializados revela además gran disparidad entre ricos y pobres. En el peor caso, Rusia, la participación en el ingreso del 20% más rico es 11 veces la del 20% más pobre. En Australia y el Reino Unido es casi 10 veces. El aumento de la desigualdad en el Reino Unido, en el periodo ultraliberal que va de 1979 a 1991 fue superior a todos los registrados en un país industrializado.

Es precisa, pues, también a niveles nacionales, una política redistributiva.

En cuanto a la disparidad rural-urbana, en los países en desarrollo el 43% de los habitantes de las zonas rurales son analfabetos, más del doble del porcentaje de las zonas urbanas. Ejemplos: la tasa de alfabetización urbana en El Salvador es del 88%, y la rural, del 66%. Casi el 90% de la población tiene acceso al agua potable en las zonas urbanas, y sólo el 60% en las zonas rurales. En Rumanía el 12% de las viviendas urbanas carece de agua potable, en tanto que carecen de ella el 84% de las viviendas rurales.

Disparidades regionales. Las disparidades significativas regionales en los países se reflejan a veces en el acceso a los servicios sociales.

* En Turquía la relación de matriculación secundaria en las regiones egea y de Mármara es del 62%, en comparación con el 34% en Anatolia oriental y suroriental.

* En Gambia la tasa de mortalidad de niños menores de cinco años de Mansadonko, de 162 por cada mil nacidos vivos, es casi doble que la de Banjul, que es de 85.

* En Rumania el desempleo en el condado de Botosane, del 16%, es casi cuatro veces superior al 4,5% de Bucarest.

Desigualdad de género. Para medirla el Informe crea el índice de desarrollo relativo al género (IDG) que mide el logro de las mismas dimensiones y variables que el IDH, pero capta la desigualdad de logro entre las mujeres y los hombres. Para 160 de los 163 países de referencia su ubicación en el IDG es inferior a su ubicación en el IDH. Esto indica la desigualdad de oportunidades que las mujeres tienen que afrontar en relación con los hombres. Respecto de varios países la ubicación en el IDG es inferior a la ubicación en el IDH en 20 puntos o más: Omán, Arabia Saudí, la República Islámica de Irán, la República Árabe Siria, Argelia, Libia y los Emiratos Árabes Unidos, en orden descendente. Lo cual nos señala la seria inferioridad de oportunidades para las mujeres en los países del mundo musulmán.

Para 82 países la ubicación en el IDG supera la ubicación correspondiente en el IDH. Entre los países con una ubicación en el IDG más de 10 puntos superior a la ubicación en el IDH se incluyen 12 países de Europa oriental y la CEI. Lo cual indica, como punto positivo que conservar y promover más, la igualdad de portunidades entre varón y mujer en los periclitados regímenes colectivistas. Sólo tres países fuera de esa región (Tailandia, Jamaica y Sri Lanka) tienen una ubicación en el IDG superior más de 10 puntos a su ubicación en el IDH. En España su ubicación respecto al IDG es ligeramente superior a la del IDH.

Disparidades étnicas y raciales. Revisten seriedad en muchas esferas del desarrollo humano. Ejemplos: en Suráfrica los blancos tenían una esperanza de vida de 68 años a comienzos del decenio de 1990, 14 años más que la de los negros, que era de 54 años. En los Estados Unidos el 31% de los hispanos de 25 a 65 años de edad no ha completado el noveno grado de enseñanza, en comparación con el 6% de los blancos. No multiplico más los casos por no cansar al lector, pero el fenómeno es general.

Hacer frente al reto

SEGÚN el Informe, el mundo tiene recursos más que suficientes para acelerar el progreso del desarrollo humano para todos. El adelanto del desarrollo humano, en efecto, no es una empresa exorbitante. El Informe es optimista en este punto. Por ejemplo, y como ya se ha indicado arriba de alguna manera, se ha estimado que la inversión

anual requerida para lograr el acceso universal a los servicios sociales básicos sería aproximadamente de 44.000 mil millones de dólares, el 0,1% del ingreso mundial, poco más que un error de redondeo. Eso abarca lo que costaría la enseñanza básica, la salud, la nutrición, la salud reproductiva, la planificación de la familia y el agua potable y saneamiento para todos.

No tiene perdón de Dios el que, en el panorama mundial, no se realicen tales inversiones. ¿Por qué se destinan tan pocos recursos financieros al progreso del desarrollo humano en los países en que la necesidad es mayor? Los países donantes asignan 55.000 millones de dólares anuales a la cooperación para el desarrollo, el 0,25% de su PIB total, de 22 billones de dólares. Habría, por tanto, suficiente si esa ayuda se destinara a las necesidades básicas enumeradas del desarrollo humano mundial. Se puede sospechar, pues, fundadamente de una inadecuada planificación de las prioridades a nivel internacional. De nuevo aparece, por un lado, la insuficiencia de las actuales instancias de poder internacional para una conveniente gobernación mundial: ONU, Fondo Monetario Internacional (FMI), Banco Mundial (BM), Organización Mundial de Comercio (OMC), etc. Y se manifiesta también cómo en la llamada ayuda al desarrollo existen grandes capítulos que poco tienen que ver con la cobertura de aquellas necesidades básicas: créditos a la exportación considerados como ayuda al desarrollo, etc.

Dentro de las actuales y paradójicas insuficiencias resulta, de hecho, que la ayuda oficial al desarrollo se encuentra ahora en su punto más bajo desde que se iniciaron las estadísticas. Además, lamentablemente, está reduciéndose la parte que corresponde a los países menos adelantados. Existe todavía una necesidad urgente de que la mayoría de los donantes doble la cantidad que se destina a servicios sociales básicos, como parte del compromiso de la Iniciativa 20:20 asumido en Copenhague recientemente: el 20% de la ayuda para los 20 países más pobres.

A fin de comprender que hay amplios recursos disponibles pero que no se destinan al desarrollo humano, compárese el costo anual del acceso universal a los servicios sociales básicos con otros capítulos de consumo:

Enseñanza básica para todos	6.000 millones de dólares
Cosméticos en los Estados Unidos	8.000 millones de dólares
Agua y saneamiento para todos	9.000 millones de dólares
Helados en Europa	11.000 millones de dólares
Salud reproductiva para todas las mujeres	12.000 millones de dólares
Perfumes en Europa y EE.UU.	12.000 millones de dólares
Salud y nutrición básicas	13.000 millones de dólares
Alimentos para animales domésticos en Europa y EE.UU.	17.000 millones de dólares
Recreación de empresas en Japón	35.000 millones de dólares
Cigarrillos en Europa	50.000 millones de dólares

Bebidas alcohólicas en Europa	105.000 millones de dólares
Drogas y estupefacientes en el mundo	400.000 millones de dólares
Gasto militar en el mundo	780.000 millones de dólares

Una locura, en definitiva, y la ausencia de un mínimo presentable de solidaridad mundial en materia de desarrollo humano. Concluye el Informe: «La aceleración del progreso del desarrollo humano y la erradicación de las peores formas de pobreza humana se hallan a nuestro alcance pese a los retos y los retrocesos. Sabemos lo que se debe hacer. Y el mundo cuenta con recursos para hacerlo. Lo que se debe lograr ahora es fortalecer las asociaciones, dar impulso político a la reforma y lograr un fuerte compromiso para la acción, seguido de acción real» (p. 37).

Consumo y desarrollo humano

EL cambio de las pautas de consumo de la aldea global de los años 90 indica un desequilibrio creciente con el desarrollo humano. Los vínculos entre crecimiento del consumo y desarrollo humano no han sido automáticos.

El consumo ha impulsado progresos del desarrollo humano, pero existen tendencias preocupantes del consumo que son perjudiciales para la salud y la seguridad del consumidor y el bienestar de otros por sus efectos ambientales y sociales. Los vínculos entre consumo y desarrollo se están rompiendo a medida que:

* El aumento global del consumo no se ha difundido a los que más lo necesitan. El crecimiento del consumo ha sido rápido para los ricos, pero más de mil millones de habitantes han quedado excluidos, con insuficiencia de elementos esenciales básicos para el desarrollo humano: agua limpia, alimentos con energía, proteínas y micronutrientes adecuados, vivienda, escolaridad, atención a la salud, energía y medios de transporte y comunicaciones. Y pese al aumento del consumo de muchos habitantes de países pobres, las disparidades siguen siendo enormes.

* La globalización ha integrado los mercados de consumo, poniendo a disposición del consumidor gran variedad de bienes de consumo en todo el mundo y generalizando normas de consumo a escala mundial. Pero ha dejado al margen a muchos cuyo ingreso no ha aumentado al mismo ritmo, y se ha intensificado el riesgo de difundir el consumo perjudicial por cuanto las normas de seguridad de productos y las campañas de información no han mantenido el ritmo de difusión de los productos. Y la revolución de la informática y de los medios de información y el aumento espectacular de la publicidad en los países en desarrollo han provocado grandes desequilibrios en cuanto a información a disposición de los consumidores.

* Las presiones del gasto socialmente competitivo y del aumento del nivel social del consumo se mantienen con tendencias inquietantes, que señalan que el consumo de «bienes de lujo» aumenta más rápidamente que el consumo de «bienes necesarios», y el poder social del consumo lleva más bien a la exclusión que a la inclusión.

Medio ambiente y desarrollo humano

EL derecho realizado a un medio ambiente sano es una de las cuestiones básicas del desarrollo humano. Aludiré sólo, por razones de espacio, a dos elementos importantes.

El primero se refiere a la contaminación del aire interior. Porque, aunque normalmente se considera que afecta al aire del exterior, más del 80% de las bajas derivan de la contaminación interior de los hogares. Y aunque normalmente se considera que la contaminación de la atmósfera afecta a los pueblos y ciudades, más de dos tercios de la mortalidad por aquella causa se producen en las zonas rurales.

Los pobres de los países en desarrollo, los que menos o peor usan energía, deben quemar estiércol, leña y residuos de las cosechas dentro de sus hogares para cocinar y calentarse, especialmente en el África al sur del Sáhara, la región en que está ubicada la mayoría de los países menos adelantados. En la mayoría de las otras regiones el uso de combustible tradicional se ha reducido sustancialmente en los últimos dos decenios. Los combustibles tradicionales son mucho más contaminantes que los modernos, como el keroseno y el propano, el biogás y la electricidad. Al quemar ese tipo de combustible se llenan las casas de humo que contiene centenares de sustancias tóxicas, que matan 2,2 millones de personas por año, principalmente en las zonas rurales, donde vive la mayoría de los pobres.

La segunda cuestión a que quería aludir es la alarma que se produjo en los años 70 sobre el agotamiento de los recursos no renovables: combustibles fósiles (petróleo) y toda clase de minerales y metales. Hoy esta alarma ha remitido, felizmente, debido, sobre todo, a dos realidades: la exitosa política de ahorro de energía y materias primas en la industria, política que se puso en práctica en los países industriales a raíz de la crisis del petróleo y materias primas que se inició en el otoño de 1973. Y el gran giro que ha dado la economía actual desde el predominio de la industria manufacturera, gran consumidora de petróleo, minerales, metales y otras materias primas, hacia la economía de servicios, más «inmateriales», por así decirlo.

Pero, en general, todas las cuestiones ambientales, sobre todo los efectos desiguales del daño ambiental sobre los pobres, exigen atención urgente, ya

que el tiempo que tarda el sistema político mundial en tomar medidas hace que las amenazas a medio y largo plazo requieran acción tan inmediata como las que exigen las amenazas a corto plazo. Los millones de muertes causados todos los años por las aguas sucias y la contaminación interior del aire exigen acción sin tardanza. Pero también debe hacerse frente ahora a la desertificación y la deforestación, para evitar desastres que afectarían a muchos millones de vidas, particularmente de los pobres que son quienes más viven en tierras marginales. Y la inercia propia del sistema climático mundial es tan grande que es esencial adoptar medidas inmediatas para reducir las emisiones de gases de efecto invernadero, si se quiere evitar el recalentamiento mundial desbocado de la atmósfera.

Un reto para la acción

EL desafío para la comunidad mundial del siglo XXI consiste en adoptar nuevas orientaciones en cuanto al crecimiento y las pautas de consumo. A fin de hacer retroceder las tendencias actuales parece claro que se necesita concentrarse en cuatro objetivos:

* Aumentar el nivel de consumo de los pobres para satisfacer las necesidades básicas de consumo, eliminando las insuficiencias en esferas críticas para el desarrollo humano.

* Cambiar para tener pautas y niveles de consumo sostenibles, ambientalmente aceptables, que reduzcan el daño ambiental, mejoren la eficiencia del uso de recursos y regeneren los recursos renovables, como el agua, la madera, los suelos y los peces.

* Desalentar pautas de consumo que tienen efectos negativos sobre la sociedad y refuerzan las desigualdades y la pobreza. Por ejemplo, el consumo suntuario sin límites, por motivos de emulación, ostentación e irracional «prestigio social».

* Proteger y propiciar el derecho del consumidor a la información, seguridad de los productos y acceso a los productos que necesita.

Hay buenos ejemplos en los que se puede basar la acción para lograr estos cuatro objetivos. Conocemos la forma en que las pautas de consumo pueden lograr vínculos más fuertes con el desarrollo humano en cada área crítica del consumo: «energía, agua, transporte (es inmensa la cantidad de tiempo que los pobres, particularmente las mujeres, tienen que emplear en el acarreo de agua y de leña), atenciones sanitarias, vivienda» y la forma en que las nuevas pautas de consumo pueden ser más equitativas y menos perjudiciales desde el punto de vista del medio ambiente. Sólo queda poner manos a la obra.